

Entonces se acercaron a ella los de a pie, y le colocaron un ancha faja para ver quién quería montarlo.

—Que lo monte don Leopoldo—gritó con todos sus pulmones el entusiasta Pablo.

—Sí, sí; que lo monte él.

—Sí, sí; que lo monte él—añadieron los que se hallaban en el mismo palco.

La multitud admitió la idea, repitiendo igual cosa.

Leopoldo, sin esperar a más, y después de dirigir una tierna mirada a la hermosa Clotilde, desmontó de su caballo, se acercó al toro, hizo que los lazadores aflojasen un poco sus lazos para que la fiera pudiese arrodillarse; montó entonces en ella, y libre a poco el toro de las reatas que lo sujetaban, empezó a dar bramidos y saltos terribles para arrojar al suelo la carga extraña que sentía.

Pero Leopoldo era un jinete de primer orden, y los esfuerzos del toro eran inútiles.

Clotilde se puso pálida como un difunto.

El público se deshacía en aplausos.

—¡Qué bien se agarra con las piernas el «jijo» de la dicha! —dijo Pablo a sus compañeros—. Ya no se lo «chispa» el toro.

—Y le echa «guasca»—contestó uno.

—De «de altiro» es «desengañado» el «güerito».

Duval, ardiendo en ira, envidia y celos, pero fingiendo admiración y deseo de juzgar de cerca, se aproximó a una ligera tabla que servía de antepecho al palco; y cuando vio que el toro, sin poder sacudir al jinete, se acercaba al sitio que ocupaba, preparó el bastón con disimulo, con objeto de picar a la fiera, para que, haciendo un movimiento inesperado y extraño, arrojase al suelo a Leopoldo, y lo destrozase con sus astas.

Todo se presentaba perfectamente, para la realización de su inhumano plan.

El infierno parecía que se había propuesto favorecerle.

La terrible fiera, bramando de rabia, y arrojando espuma por boca y narices, se detuvo delante del palco de Clotilde, cuyo corazón latía asustado dentro de su pecho.

Duval entonces preparó el bastón, a cuya punta había amarrado, con disimulo, una lancetita que le suministró el doctor: dió el terrible golpe sobre el animal; pero al esfuerzo que hizo, la tabla del antepecho que estaba floja, se desprendió de su lugar, y fué a dar a los pies del toro, llevándose consigo a Duval, que cayó de cabeza.

El toro, cuya ira era terrible, al ver un cuerpo delante

de sus ojos, se arrojó sobre él, furioso para herirle, lo cogió en sus astas, y lo arrojó en el aire.

Un grito de horror se escuchó en la plaza.

—¡Lo ha matado!—exclamaron todos a la vez.

El cuerpo volvió a caer cerca de la fiera que se dispuso a acometerlo de nuevo para destrozarlo, pero Leopoldo, desmontándose de un salto, se puso delante, agitando un pañuelo para llamar la atención del toro.

Este, que se vio libre del peso que lo abrumaba, y que parecía conocer al que lo había dominado, le acometió con furia, corriendo detrás de él para vengarse.

Pero el joven artista, burlando con una vuelta la ira del temible animal, subió de un salto a la barrera en medio de los aplausos que el público prodigaba a su valor, a su destreza y a su generosidad.

Entre tanto, dos de los jinetes que se habían bajado de sus caballos, sacaban a Duval de la plaza.

Don Emilio y el doctor corrieron a su encuentro, pálidos y afanosos.

¿Había muerto?

## CAPITULO XX

### Una esperanza desvanecida

En los mismos instantes en que vimos a los asesinos de don Felipe Flan cruzar la pintoresca laguna de Texcoco, acompañando a la hermosa y delicada Clotilde, don Félix, el joven honrado, de conducta inmaculada, abrumado con el peso de una acusación injusta y afrentosa, yacía triste y abatido en el oscuro calabozo a donde lo habían conducido después de la carta denunciada por Willey.

Sentado sobre el miserable lecho, con los codos sobre las rodillas, y apoyando la cabeza sobre ambas manos, el desgraciado preso era víctima de los sentimientos más desgarradores y dolorosos.

Cuando había creído llegar al colmo de la felicidad esperando recibir contestación a su carta de la hermosa y desventurada Soledad; cuando había acariciado la dulce esperanza de tener en el humano carcelero un conductor fiel, compasivo y seguro, que presentase a cada cual los sentimientos más tiernos y recónditos confiados al papel; cuando en el risueño horizonte veía envuelta en blancas vestiduras a la libertad, tendiéndole una mano cariñosa, se en-

contró privado de la correspondencia de su ángel consolador, vigilado por otro carcelero de áspero carácter, brusco y despiadado, conducido a otra prisión más estrecha, húmeda y reducida, a donde apenas osaba penetrar uno que otro rayo de luz moribunda.

—¡Ni una palabra, ni una letra consoladora de ella! —exclamaba el infeliz—. ¡Nada! ¡nada más que el convencimiento de mi amargura y mi desgracia!

Y sus ojos se humedecían con las lágrimas arrancadas por la triste consideración de su infortunio.

En su pálida y espaciosa frente, velada por la tenue sombra de la melancolía, se reflejaban los sentimientos de su alma noble y sensible, y en sus lívidas mejillas proyectaban sus sedosas y largas pestañas, una sombra vagarosa, que imprimía a su varonil y dulce fisonomía un tinte interesante de profundo dolor, que conmovía.

—¡Ah! ¡soy muy exigente! —volvió a exclamar, después de un instante de silencio—. Antes se limitaba mi ambición a saber que ella no me creía culpable, y ahora que estoy convencido de que me cree inocente, de que me hace justicia..., cuando mis ojos han llorado de placer, recreándose en los gratos caracteres dictados por el cariño; caracteres en que la compasiva Soledad exprimía sus nobles, tiernos y generosos sentimientos, deseo más..., anhelo otra cosa...; estoy triste y descontento..., ¡quiero que me escriba cuando es imposible hacerlo!; cuando nada puede llegar a mis manos, como yo no puedo hacer que llegue nada mío a las suyas... ¿No carece ella también de mis letras?

Y el desgraciado joven se levantó del lecho en que estaba sentado, y empezó a pasearse agitado por la oscura prisión, con los brazos cruzados y caída la cabeza sobre el pecho.

Su pena se aumentaba al considerar que la hermosa Soledad esperaba con ansiedad alguna noticia suya.

No sabía el desventurado que la joven estaba tranquila, engañada por las cartas que el doctor le entregaba suplantando con habilidad su letra y su firma.

El ruido de los cerrojos fué a sacarle de sus desgarradoras meditaciones.

Don Félix levantó la cabeza, exhaló un suspiro, y se volvió a sentar en la miserable cama, inclinando de nuevo la cabeza sobre el pecho, como una flor abatida por el huracán.

La puerta se abrió en aquel instante.

El nuevo carcelero, hombre adusto y corpulento, entró

llevándole la comida, que la colocó a un lado de la cama.

Don Félix lo miró como queriendo hacerle alguna pregunta; pero temió recibir una grosera contestación, y no se atrevió a despegar los labios. ¡Había sufrido tantos desaires de él!

Sin embargo, el abandono en que se hallaba, el deseo de saber qué suerte le esperaba, le aconsejaban hiciese otra tentativa para romper el silencio del adusto carcelero.

Este, después de haber colocado la comida cerca del sitio que ocupaba el preso, se dispuso a salir.

Don Félix titubeó otro instante; pero cuando vió que ponía la mano en la puerta para abrirla y ausentarse, venció su irresolución, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y se atrevió a aventurar esta pregunta:

—¿No ha venido en estos días nadie a preguntar por mí, buen hombre?

El carcelero se detuvo, volvió la cara al preso, y contestó con brusco y seco acento:

—Nadie.

El joven exhaló un ahogado suspiro de dolor y exclamó:

—¡Todos me abandonan! ¡Todos se olvidan de los desgraciados! ¡Hasta ella tal vez!

—¡Toma! —dijo el carcelero como hablando consigo mismo—. Pues ellas son las primeras que olvidan.

—¡Ah!, si usted conociera a Soledad, como la conoció el que precedió a usted en el destino de carcelero, cambiaría usted de opinión.

—¡Ah! ¿Conque mi entecesor de empleo la conoció?

—Sin duda.

—Ya me debí yo figurar que para perder el destino habría de quedar aquello de: «¿quién es ella?».

—¡Bien se echa ver que usted no la conoce!

—No, ni quiero, ni pienso conocerla, ni seguir charlando de cosas que no me pertenecen. Lo que conozco es que, por hablar de ellas, me he olvidado de mi obligación, que es callar, y voy a reparar mi falta.

—¿Y no tendría usted la bondad de decirme, antes de irse, si ha terminado mi causa?

—Ha terminado—contestó con laconismo y duro acento el carcelero, queriendo enmendarse de la familiaridad con que había hablado con el preso.

—¿Y no piensan sacarme de este oscuro calabozo?

—Muy pronto estará usted fuera de él—replicó el tosco cuidador.

—¿Es decir, que ha triunfado la verdad..., que están convencidos de mi inocencia..., que alcanzaré mi libertad?

El carcelero volvió a mirarlo, y contestó con acento extraño:

—Lo que le puedo asegurar es, que dentro de pocos días habrá usted salido de aquí.

—¡Ah! ¡gracias, Dios mío, gracias por tu excesiva bondad! —exclamó el joven transportado de gozo y cayendo de rodillas, elevando los ojos al cielo—. ¡He sufrido! ¡he padecido mucho..., pero todo lo olvido en este instante en que la justicia viene a proporcionarme la libertad!

El carcelero lo miró con extrañeza; se sonrió burlescamente al verle entregado a una esperanza lisonjera; se encogió de hombros, abrió la puerta, y ya preparaba a salir, cuando se presentaron dos hombres de aspecto serio en el calabozo.

Don Félix creyó que se le iba a anunciar la feliz libertad, y se levantó irradiando en su semblante la luz del placer más intenso.

Pero ¡cuán en breve se disipó aquel resplandor divino, emanado de la plácida esperanza!

El infeliz no había comprendido el sentido con que el carcelero había pronunciado las palabras en que le anunciaba que muy pronto se vería fuera de aquella lóbrega prisión.

Pero a pocos instantes se lo hizo comprender uno de los dos individuos que acababan de entrar, y que llevaba en la mano un papel enrollado.

Aquel pliego contenía la sentencia de muerte.

Félix se estremeció al escucharla.

Había soñado con la vida y se encontraba a un paso del sepulcro.

Había acariciado una esperanza lisonjera, y sintió el horrible golpe de un funesto desengaño.

No era cobarde; por el contrario, tenía un corazón bien puesto que sabía hacerse superior a los peligros; pero la consideración de que le hiciesen morir como a un vil asesino, presentándolo con este infame carácter ante el público entero, le hacía estremecerse de horror.

Temía que la sociedad conservase su memoria como la de un ingrato, indigno de toda compasión, y esto le prensaba el corazón.

¡Sus amigos no volverían a pronunciar su nombre sino con horror, y la misma Soledad llegaría a dudar tal vez de su inocencia!

La libertad que envuelta en blancas vestiduras había visto tendiéndole una mano para arrancarle de aquel horrible antro, mientras con la otra le señalaba un mundo sembrado de fragantes flores, de inefables delicias y de amor, la contemplaba transformada en la inexorable parca Atropos, cortando el hilo de la vida.

¡Iba, y a morir, y a morir en un afrentoso patíbulo, como el más infame criminal!

Aquella idea era espantosa.

—¡Expirar execrado por la sociedad, en medio de un público que me verá marchar al suplicio con el horror que inspira un monstruo de la humanidad...! ¡Oh!, no: ¡es imposible...! ¡soy inocente...! ¡lo juro...! ¡soy inocente...!

Y el infeliz, enclavijando las manos, miraba al cielo como pidiendo iluminase y convenciese a los que, juzgando por las apariencias, lo condenaban.

—Por mucho que yo crea en la sinceridad de esas palabras —contestó con amabilidad y compasión el que había leído la sentencia—, nada puedo hacer por usted. Mi misión ha terminado dándole a conocer el fallo del tribunal que lo ha juzgado, aunque no quiero retirarme sin comunicarle a usted que aun abrigo la esperanza de que esa sentencia se revocará.

—¡Cómo!

—El defensor de usted a apelado a la corte de justicia contra la sentencia, y tal vez consiga lo que se ha propuesto con su notable defensa y preclaro talento: salvar a usted.

—¡Oh!, no ambiciono el triunfo de mi inocencia por temor a la muerte, no, sino por no morir con la infamante clasificación de criminal.

—Si es usted inocente, como dice, y yo no me atrevo a dudar, Dios iluminará el talento de sus jueces y permitirá que descubran al verdadero culpable. Adiós.

Y sin esperar contestación, y haciendo una ligera inclinación de cabeza, salió acompañado del hombre que había entrado con él, y seguido del carcelero que volvió a echar los pesados cerrojos a la puerta del calabozo.

Don Félix quedó solo, en medio de la oscuridad, como herido de un rayo: flaqueáronle las piernas, un sudor frío corrió por su frente, su rostro se cubrió de una palidez mortal, y no pudiendo sostenerse, se dejó caer sentado sobre el sucio jergón de su húmeda tarima.

—¡Morir! ¡Morir dejando manchado el limpio apellido de mi familia con un borron de eterna infamia! —exclamó

ocultando el rostro entre las manos, y sintiendo arder su frente con el fuego de la vergüenza y del rubor—. ¡Morir señalado por los hombres como un infame que sirve de escarmiento a la sociedad..., que lo separan de ella como a un miembro podrido que la corrompe y la deshonra! ¡Morir sin haber alcanzado la dicha de ver a la mujer que me daba el consolador nombre de primo y de hermano! ¡Sin haber oído su melifluo acento..., sin haber recibido una mirada de compasión de sus bellos ojos...; sin recoger una lágrima de ternura...; sin escuchar de sus virgíneos labios esa dulce palabra que tanto anhelo: que me cree inocente! ¡Madre mía, madre mía! —dijo cayendo de rodillas y con el acento de la más honda aflicción—. ¡Tú, que habitas la región de los bienaventurados; tú, que me educaste en las máximas de la religión y de la virtud, que has velado desde el cielo por tu pobre hijo, que no te ha olvidado un solo instante desde que lo dejaste solo en el mundo; tú, que lees en el fondo de su corazón y conoces su conciencia, eleva tu ruego a Dios demandándole piedad y compasión para mí! ¡Nunca he temblado a la vista del peligro; pero le tengo miedo a la muerte que deshonra..., que infama!

Y don Félix, continuando de rodillas, inclinó la cabeza sobre el miserable lecho, quedando sumido en un océano de tristes reflexiones.

Abrumado con el peso de su terrible infortunio, y sin poder apartar de su viva imaginación la afrentosa muerte a que estaba condenado, ni la memoria de la hermosa Soledad, que se asociaba a todos sus pensamientos, el desdichado joven sentía arder su frente con el fuego de una fiebre abrasadora: sus sienes latían con violencia, y un peso enorme abrumaba sus cansados párpados.

Terrible debe ser la idea de la muerte que se presenta a la imaginación del criminal, caminando hacia el cadalso, convencido de que nadie anhela su perdón, de que todos lo miran como merecedor del castigo que va a sufrir, oyendo por todas partes vender a gritos la relación de los crímenes con que está manchada su vida; pero mucho más espantosa la del inocente, la del hombre honrado y pundonoroso, que se ve confundido entre los monstruos de la humanidad, que se ve señalado por el populacho que lo sigue hasta el patíbulo, ávido de su sangre, que comprende que deja a la sociedad donde fué apreciado, un nombre que pronunciará con horror, y que ni entre los que fueron

sus mejores amigos encontrará una palabra de compasión cuando expire, sino de afrenta y de vilipendio!

Don Félix pensaba en todo esto.

Veía delante de sus ojos, con las tintas más vivas y palpitantes, el horrible cuadro que con fijo pincel y débil colorido acabo de bosquejar.

Su aspecto se estremeció de espanto; su cuerpo tembló, seguido por la fuerza de un terrible escalofrío que se apoderó de repente de todos sus miembros; sus rodillas temblaban sobre el húmedo suelo, y sus dientes daban continuamente unos contra otros.

En aquella postura permaneció largo rato, sin alzar la cabeza, abrumado con el peso de sus terribles pensamientos.

Sin voluntad para moverse de aquel sitio, insensible a los padecimientos físicos y a las necesidades, don Félix permanecía quieto, sin acordarse de tomar el alimento que el carcelero le había dejado encima de la tarima y a su lado.

De repente hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y recordando que la religión ordena la conformidad, y que recibamos los males lo mismo que los bienes, como una providencia dictada por el Eterno, cuyos decretos debemos respetar, levantó la cabeza, miró como prueba meritoria a los ojos de Dios, la muerte afrentosa pronunciada contra él, y alentado por la fe y las creencias católicas que vierten el consuelo en el corazón de los desgraciados, exclamó más sereno y tranquilo:

—Si has dispuesto que viva, Dios mío, tú harás patente mi inocencia, al tribunal que debe decidir mi suerte; y si en tus altos fines has decretado que muera como un vil criminal, yo acepto esa muerte como el único bien que me conviene.

Y alentado con este sentimiento de fe católica que es el más firme sostén del hombre en sus tribulaciones, se levantó del suelo en que estaba de rodillas, tomó el alimento que le había dejado el carcelero, y esperó tranquilo, aunque con el pensamiento en Soledad, que llegase el día de su absolución o de su muerte.